

EL PAPAMOSGAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Diálogo interesante para quien le interesa.

—Bravísimo, señor sobrino; buen modo ha tenido V. de aprender las calles de Madrid, después de haberme yo destrozado el abdómen por enseñárselas! Ciertamente que cumple V. bien con su cariñosísimo tío!.... Y es este el modo de hacer mis encargos?..... Le mando á V. á la calle de la *Independencia*, y le encuentro en el *Saladero*!...

—No se enfade V., tío Cenoncito, que no me parece hay mucha distancia de un punto á otro.

—Cómo?.....

—Y además he cumplido lo que V. me mandó.

—Eso ya es harina de otro costal; pero dime, ¿cómo te encuentro aquí, tan distante del centro de Madrid?.....

—Yo le diré á V. He venido á la calle de Santa Teresa para arreglar unos asuntos en las oficinas de D. Francisco de Paula Mellado.

—Y qué asuntos tienes con el *editor mónstruo* de la nacioun española?

—Yo con él ninguno personal; solo he venido á recoger el segundo número de la *Revista europea*, para mandárselo á D. Macario, el limpiabotas de Cirolillos; y, á propósito, qué opina V. del cuaderno que me han dado?

—Hombre, me parece inútil juzgar á un literato como D. Modesto

Lafuente; sin embargo, como hicimos la oferta de elogiar las buenas obras de todo género que llegáran á nuestro conocimiento, debo decirte, que la mencionada *Revista* tiene cosas muy buenas y otras muy malas. Nunca he puesto en duda el talento del supuesto fray Gerundio, y si pudo su *Teatro social* amortiguar en algun tanto mi pasion por sus escritos, su *Revista europea* es mas que suficiente para que yo vuelva á mi antiguo modo de pensar; pero escribe ciertas cosas que no me gustan..... no me quiero estender mas en los elogios por no hacer á quien van dirigidos mas bien daño que provecho, recordando el refran:

Si el sabio critica, malo!.....

Si el necio aplaude, peor!.....

Y bien, tú á tu vez me podrás decir qué te parecen las magníficas dependencias de la imprenta que acabas de ver....

—En cuanto á la imprenta y demás, va bien; pero cuando considero cómo se ha comprado tanto bueno, es otro el cuento....

—¿Qué quieren decir esos movimientos de cabeza, Serapito?

—Lo que quieren decir, querido tío, es que si bien es digno de elogio el Sr. Mellado por la puntualidad en sus publicaciones, tambien es verdad que los cajistas, prensistas y demas dependientes de su casa, con muy rara escepcion, no ganan para pan trabajando como perros.

—Pero bien, no hay motivo de queja, porque lo que no va en lágrimas va en suspiros.

—Justamente voy á eso; á los muchos suspiros y sinsabores que les cuesta á aquellos infelices ganar para mal vivir.

—Dale!..... que siempre has de tomar el rábano por las hojas! Bárbaro!..... No quiero dar á entender tal cosa; digo, que en cambio mantiene á muchos literatos haciéndoles escribir obras originales ó traducciones.

—Sí!..... Sí! Ya escampa; sabe V. lo que hace con los literatos?..... Pues, poco mas ó menos, lo mismo que con los demás.

—No puede ser; habia de ser tan ingrato, tan avaro, tan desconocido, que no recompensára justamente, qué digo, con profusion, á los que han sido y son escalones del templo de su gran fortuna? te digo Serapio que deben haberte engañado, y los que así calumnian á los honrados ciudadanos merecen ir á *la cuerda* con la última remesa que ha mandado el gobierno de S. M. yo no sé á dónde.

—Todo lo que V. acaba de ensartar es muy sublime, muy patético, querido tío, pero mi dicho es tan cierto como lo mas verdadero; si señor, el Sr. Mellado hace muchos mimos y carocas á los que piensa utilizar en su servicio, y luego les paga una miseria que no corresponde ni á la quinta parte del trabajo que hacen para aumentar su fortuna.

—Basta! por Dios, basta, Serapio; qué te importan á tí esas cosas, si tú no eres ni serás nunca hombre de talento para escribir ni aun para hablar?

—Déjeme V., tío, que esto no significa nada, y ademas yo hablo por boca de ganso: la otra noche se lo estuve oyendo decir á unos señores en la taberna del Príncipe.....

Aquí llegaban en su diálogo el tío y el sobrino imbécil cuando se hallaron en la calle de la Montera, frente á la *fonda de Madrid*, donde dijo el tío:

—¿Quieres, Serapio, que subamos á tomar un bocado?

—No, tío, pues aunque bien lo habria menester, vale mas que no entremos en esa fonda, no sea que nos saquen el cabrito que pu-

sieron á los jefes y oficiales de la guarnicion el dia de la Ascension, pues dicen que el pobrecito animal se quejaba de la afrenta que le hacian sacándole á la mesa.

—No digas disparates, crees que tendria valor el fondista de cumplir mal en una comida que paga S. M. la Reina?

—Vaya si lo creo, como que me han dicho que no se sirvió en la mesa plato ninguno de fundamento á escepcion de unas tajadas de jamon, á las cuales se podia aplicar aquello de «me ves hijo?» y el mencionado cabrito, el cual se volvió intacto á la cocina pidiendo á voces que le guisáran.

—En fin, no te entrometas en esas cosas, y entre tanto iremos si gustas á tomar unos pastelitos á casa de *Sévié* y *Lardy*.

—Con mucho gusto.

Y esto diciendo, empezó á relamerse Papamoscas con la idea de la pastelería, y él y su tio caminaron con lentitud hácia dicho punto. No bien empezó Serapio á engullir, cuando dijo á su tio relamiéndose las puntas de los dedos:

—Vea V., D. Cenon! Hay personas desgraciadas en el mundo; yo conozco á muchos que por hacer un mal *pastelito* les han dado una *intendencia*, y á est's pobres pasteleros no les dan siquiera un *fielato* en pago de tantas buenas cosas como hacen.

—Pero no ves que son extranjeros, cómo quieres que les den destinos públicos?

—Tiene V. razon, pero como de esos vienen á *pastelear* muchos, y les dan.....

—Sooooo!!!

En esto el sobrino se agarró á un salchichon y á un queso de cerdo, en tanto que D. Cenon le mandaba contenerse en los límites, no de la política sino de la buena crianza, que segun dicen se van haciendo cosas incompatibles.

Tal de escaso me verás que no me conocerás.

Fatigado D. Cenon por siete dias de contínuo trabajo, que habia empleado en la construccion de unas albardas y bozales para no sé qué recua, dormía á pierna suelta como un cachorro, pegando tan estrechitosos ronquidos que parecia un berraco en su corte. Papamoscas se paseaba con los brazos cruzados por la tienda donde espenden sus manufacturas, aguardando al señor de obra, que debia venir por las albardas y bozales, y que segun tenemos entendido era un extranjero francés que se habia dedicado al contrabando de un género muy lucrativo.

Ya estaba impaciente de aguardar, cuando se presentó el susodicho francés á encargarse de la obra y pagar su precio convenido.

Bonas tardes, señor Popamoscás, está mi encarguito ya concluida?

—Aquí lo tiene V., señor franchute; ya me iba amostazando con tanto esperar.

El francés empezó á registrarlas, y despues de mil vueltas y re-vueltas, suplicó á Papamoscas que se pusiera una para ver qué tal estaban de largo. Papamoscas se resistia diciendo: Es V. un cernícalo. No ve que yo soy mas largo que sus burros, y mucho mas angosto?

—Oh, eso importar poco; yo querer ver nada mas la figurra que hace en el lomo de V.

—Vaya V. con mil diablos, que no tengo ahora mucha gana de po-

merme en cuatro pies, para que V. se esté recreando en mi figura; lo que me probaré únicamente si V. gusta, será el bozal, pero no la albarda. Además, que ya se las ha probado todas mi tío, y estaban bien.

—Sin embargo, si V. quisiera haserme ese favore señor Popamoscás.

—Hombre, V. es un podenco! Pues si tanta gana tiene de ver albardas puestas, tiene mas que asomarse un momento á la puerta de la calle, y se le presentarán 300 modelos? Acaso hay cosa mas abundante que los borricos?

—Tiene V. razon, señor Popamoscás, los borricos con albardá abundan mucho. En esto sacó un cartucho de dinero y lo puso en manos de Papamoscas, diciendo: Ahí tiene V. el importe de la obra, y luego mandaré por ella.

—No bien se hubo quedado Papamoscas solo, cuando desenvolvió el cartucho para ver si convenia la cantidad con la que su tío le habia indicado. Apenas habia empezado á contar advirtió cuatro monedas que le hicieron fruncir las cejas y dar un repullo. Las miró y remiró; las limpió con saliba á pesar de estar bien claras y brillantes, y concluyó por último diciendo: no hay duda, estas monedas son falsas; ese hombre es un bribon; uno de aquellos ladronazos que me ha indicado mi tío. Cuatro duros falsos! Voto á san! Y no haberlos mirado delante de él! Soy el mayor pollino que ha nacido de burral! Pero yo le aseguro que cuando vuelva por las albardas no las ha de llevar todas. Entonces empezó á dar gritos llamando á su tío, este se despertó, y por levantarse precipitadamente tiró el lavamanos, que rodando hasta el orinal, tropezó con este haciéndole una tronera tan grande, que dió salida hasta la última gota de su contenido. D. Cenon, á favor de unos pediluvios salados, logró llegar á la puerta de la alcoba y se encaminó á la tienda para ver cuál era la causa de los gritos de Papamoscas. Apenas este percibió á su tío, le dijo lleno de cólera: Qué le parece á V., tío de mi vida? ya se ha llevado la trampa toda la ganancia de las albardas.

—Cómo?

—Sí señor, el pícaro del franchute nos ha encajado cuatro duros falsos.

—Caracoles! Qué es lo que dices?

—Lo que V. oye, tío de mi vida: cuatro duros falsos que no los podremos pasar de ninguna manera, porque en nada se parecen á los duros españoles.

—Pero, Serapio, estabas dormido? Cómo no los has visto cuando él te los ha dado?

—Porque para disfrazarlos me los dió todos metidos en un papel.

—Pero se ha llevado las albardas?

—No señor, y esa es la fortuna que tenemos; porque si no quiere confesar que me los ha dado, nos dejaremos dos para nosotros, y tres ó cuatro bozales que es el valor de los cuatro duros.

—Buena está la cosa! y comeremos albardas y bozales?

—Para V., tío, nada hay que le venga mejor que gruñir por todo: de alguna manera lo hemos de hacer; y como dijo el otro, del agua vertida.....

—Trae aquí, mentecato; trae esas monedas á ver si podemos darlas salida de algun modo.

Papamoscas le dió las cuatro piezas; D. Cenon se caló sus anteojos, y despues de examinarlas con mucho detenimiento soltó repentinamente una carcajada, y besándolas mil veces por la cara y la cruz prorumpió

diciendo: Válgame Dios! Tal de escaso me verás que no me conocerás!
Papamoscas alelado con las exclamaciones de su tío, juzgaba que este había perdido el juicio, y no podía adivinar la causa de su transporte.

—Así se rie V., tío, cuando debieran erizarse las crines de cólera?

—Pues no me he de reir, cernícalo, si estos duros son españoles legítimos, que habrán estado emigrados en Francia y habrán venido de *ocultis* escapándose por casualidad de la quema, porque has de saber Serapio, que todos estos tienen allí pena de inquisición.

—Tío, V. sin duda ha empinado el codo! Dónde está el letrado de *Louis Fillipe I Roy des français*, ó de *Charles equis Roy de France*, para que diga que esos duros son españoles? Y á dónde están los laureles y el letrado que dice *5 francs*? No ve V. que lo que hay dice es *Carolus III hispaniarum et indiarum Rex*? Qué sabemos aquí quién es ese mequetrefe?

—No me admira, Serapio, tu ignorancia en esta materia, porque yo con todas mis canas he titubeado para reconocer á nuestro antiguo rey Cárlos III y el mismo trabajo me costaría el reconocer á su hijo Cárlos IV y á su nieto Fernando VII á pesar de ser más modernos. Tal es el tiempo que hace han desaparecido de nosotros, para sustituirlos con ese enjambre de Napoleones y Luises, que han invadido la España por todas partes, condenando al olvido nuestra rica moneda.

—Pues tío mio, déjelos V. que en sí llevan el castigo, porque los billetes del Banco de San Fernando han venido á tomar la rebancha condenando también al olvido á los Napoleones y Luises, cumpliéndose aquello de que el que á cuchillo mata á cuchillo muere.

En esto estaban tío y sobrino, cuando se presentó el francés á reclamar sus cuatro duros españoles que había dado por equivocación, y que pensaba llevarse á Francia con otros compañeros para convertirlos en medallas republicanas.

El paseo.

Las seis de la tarde eran ya cuando D. Cenon salió de su casa en compañía de su angosto sobrino, con dirección al Prado: despues de muchas detenciones y paradas en el camino, arribaron al fin á los asientos del Botánico, en donde el tío tuvo á bien encoger su cuerpo, y posarlo sobre la dura piedra, mandando á Serapio que le imitase.

—Muy bien, dijo este, vamos á estar aquí, apreciable anciano, según creo, pues ya empiezan á entrar coches en el paseo, y gente, y bulla, y muchachas, y necios, y....

—Calla estúpido, calla, y no llares la atención con esas voces: desde aquí me propongo enseñarte muchas cosas que no has visto, pero te prevengo que guardes mortal silencio, pues de lo contrario me veré obligado á abandonarte.

—Ay, qué coche tan lujoso va por allí, tío; y qué ricamente vestida la señora que va en él. No la dará miedo de ir sola? sabe V. quién es, don Cenon?

—Esa es una jóven que se llama Cristina.

—Ah! la mamá de los españoles, ó por otro nombre la mamá de la Reina.

—No, hijo mio, no: esa gasta coches de seis caballos y de ocho y

diez, y *ainda mais* de su propiedad, mientras que esa jóven que has visto ya en una modesta carretela de Collantes....

—Sin embargo, tiene trazas de una marquesa.

—Eso creerá sin duda el inocente provinciano que pise estos sitios por la vez primera; pero no pasa de ser una muchacha sin fortuna, sin porvenir, sin nada; es en fin una *cortesana* que viene aquí sobre cuatro ruedas á ver si puede acarrear á algun *tórtolo* á su nido.

—Ah! ya entiendo! esa es una *ave de rapiña*.

—Justamente!

—Y diga V., y esos caballeros que van paseando y á los cuales todos miran, unos con curiosidad, y otros con cierta cosa, quiénes son?

—Baja la voz, Serapio: esos son los ministros; de los tres que van delante, ves al de enmedio?

—Sí señor.

—Ese es S. E. el Excmo. Sr. D. Ramon María Narvaez, ministro... digo, presidente del consejo de Ministros, á quien Dios conserve muchos años...

—En dónde?

—Chitito! Lo ves bien?

—Ya lo creo! Y qué gordito está S. E.! Se conoce que no le hacen mella los azares.... y cuidados de su destino: ¿cómo se ríe! Sin duda debe de estar muy contento en este instante.

—Detrás va otro excelencia, que es S. E. el Excmo Sr. excelencia D. Mariano Roca de Togores....

—Pegado á otro excelentísimo excelente, que es S. E. el Excmo. señor D. Luis José Sartorius.... Lo que es á ese le conozco mejor que V.

—En seguida van los ayudantes; luego una porcion de hombres de esos que en habiendo una novedad se van hasta detrás del mismo Moro-Muza.

—Y diga V., tio observaciones, ¿cómo es que tienen tiempo los ministros de venir al paseo, con tantas, y tantas, y retantas, y tantísimas cosas como hay que despachar en sus respectivas oficinas?

—Eso no te estrañe, Papamoscas, porque no tienen necesidad de despacharlo todo en un día, ni en un mes, ni en un año: tiempo hay de mas, y sobre todo, justo es que los que tanto trabajan den algunas horas al ocio para poder pasar esta precara vida.

—Pícara es la que llevamos nosotros que hemos comido hoy por junto dos galletas mas duras que cabeza de mandarin malo, y unas bellotas; y no la de ellos, que se hartarán de buenas ostras y mejor menestra, y de sardinas escabechadas, y de cangrejos y tiburones, y otras cosas.

—Ten la lengua, bastardo sobrino, y mira aquel caballero canoso, alto y delgado y de nariz pronunciada que vá echando el lente, cual mozalvete enamorado, á todas las muchachas, le ves?

—Si señor! Le conozco.... ese ha sido uno de los gordos, se llama.... se llama....

—Su nombre no hace al caso: te advierto que debes respetarle porque tiene un gran talento.

—Ya lo sé: al menos lo ha tenido allá por los tiempos de entonces cuando hablaban los animales: Ay qué coche tan bonito! Quién es aquel señor que vá dentro?

—Lo creerás, Serapio amigo? Pues es un panadero que en menos de ocho años ha comprado una casa magnífica y ese soberbio carruaje y otras muchas cosas.

—Y todo eso ha salido de la panaderia?

—Ya lo creo, y mas que quiera mañana.

—Pues señor, dígoles á V., tío de mi alma, que dentro de poco vamos á ver á todos los panaderos en carretela abierta ó en ómnibus por lo menos.

—No rebuznes, hijo miol

—Quien no ha de rebuznar es V., tío viejo! Cuánto creerá V. que ganan hoy día los panaderos vendiendo el pan á doce cuartos?

—Si acaso un diez ó doce por ciento.

—Que si quieres! mas de un cuarenta! Y luego dicen que hay verdugos y horcas y presidios y galeras..... lo que hay en España es muchísima *cháchara* y nada mas; vamos! Me irrita y me exaspero y me llevan los demonios.....

Tanto iba subiendo la voz Serapio, á medida que su enojo crecía, que D. Cenon avergonzado, se levantó y echó á andar hácia el Retiro. Siguióle el sobrino y andubieron mucho rato en silencio. Atravesaron el Prado y salieron extramuros por la puerta de Alcalá. Torcieron á la izquierda y no habian andado cien pasos, cuando D. Cenon quitándose el sombrero dijo á su sobrino.

—Papamoscas, descúbrete la cabeza y reza un *padre nuestro* conmigo.

—Y á qué viene eso, tío?

—Obedece.

Tal era la gravedad que D. Cenon mostró en sus facciones al intimar la órden á Serapio, que éste no pudo menós de cumplirla instantáneamente: sin embargo, no atinaba con la causa del rezo, hasta que notó que en la tapia de enfrente habia una porcion de cruces hechas sin duda con la punta de una nabaja. Volvió entonces los ojos á su tío y vió que se limpiaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Ya comprendo! dijo entonces para sus adentros..... Dios les haya perdonado.

NOTICIAS DE TEATROS, ACTRICES, ACTORES, COMEDIAS, DRAMAS, PIEZAS Y BAILARINES, ETC., ETC., ETC.

El teatro del Príncipe, que manejado por el inteligente actor don Julian Romea daba tan felices resultados en los años anteriores, hoy en manos del ayuntamiento es víctima de la *cuqueria* de los señores que le componen: presentando espectáculos que, aunque de mérito algunos, están ya muy vistos, han conseguido alejar de este coiseo la escogida sociedad que en él se reunía: así es, que están perdiendo los ojos, y ojalá que así fuera, y no haya cuidado que se apresuren á llamar con novedades al público. Si se pierde, á bien que los concejales no lo pagan de su bolsillo; salgan fondos y mas fondos de las arcas municipales, que el pueblo es rico, y puede pagar eso y mucho mas, y..... viva el *manejo*!

—El de la Cruz ha puesto últimamente en escena la comedia de Scribe que ha traducido D. Ventura de la Vega con el título de *La Farsa, ó Verdad y mentira*: ha gustado, porque es buena, y el público ha recompensado los esfuerzos de los actores. En la noche del viernes bailaron la Sra. Serral, y los Sres. Alemany y Cumprubi, y tuvieron la desgracia de no agradar.

En este teatro se preparan para ponerse en escena dentro del presente mes, *El tío Tararira*, pieza en un acto arreglada por D. Ventura de la Vega, y la comedia del teatro antiguo en tres actos titulada *El*

valiente Campuzano, ó Catuja la de Ronda, refundida por D. Ramon Franquelo.

—El Instituto hace grandes esfuerzos por vencer la calamidad que por efecto de las circunstancias ha pesado hasta aquí sobre todos los teatros: despues de la comedia titulada: *Un Juramento*, que ha dado entradas algunas noches, ha presentado la pieza original titulada: *El Retratista*, que fué aplaudida. Entre otras producciones nuevas que prepara, se encuentra la comedia de D. Mariano Pina titulada: *Capas y Sombreros*.

—El de Variedades ni parece ni perece.

—El del Museo dá sus óperas de cuando en cuando.

—Los Sres. Salas y Basili han tomado el teatro del Príncipe para algunas óperas en la temporada de verano: dícese que han contratado ya á la Sra. Alessandry y á los Sres. Carrion, Barba y otros.

—El aplaudido actor Sr. Dardalla, en compañía de sus amigos señores Pardo y Guerrero, saldrá de esta corte en los primeros dias del próximo Julio, con direccion á Andalucía, en cuyos teatros piensa dar algunas representaciones. En Setiembre tendremos el gusto de verle de nuevo en la Cruz y de admirar su gracia y talentos artísticos, si no lo toman á mal los críticos de ciertos periódicos que tienen muchísima gracia para criticar lo que ellos no saben hacer.

—Dentro de breves dias deberá abrirse de nuevo con notables mejoras el circo de *Mr. Paul*.

Al Observador.

A pesar de que no nos creemos en la obligacion de contestar á este caballero en nuestra cuarta *necedad* como lo pide, á la pregunta que se sirve hacernos en su *sabio* periódico y número del sábado último, allá vá la esplicacion de la palabra *alguacil* que tanto le ha chocado.

El *alguacil de moscas*, segun nuestro diccionario, es una especie de araña que coje aquellos insectos y les chupa la sangre, nutriéndose de esta manera.

El *Observador* es el alguacil de los demas periódicos porque toma y llena sus columnas con noticias y párrafos é ideas que aquellos han dado á luz muchos dias antes.

Hemos dicho: el caballero *Observador* con la *sabiduría* y *sana lógica* que acostumbra dirá ahora que hemos dicho otra *necedad*: sea en buen hora: esa es nuestra mision: decir *necedades* y ser *neccios*; una de las buenas cualidades que adornan al Papamoscas y á su tio es la de conocerse: no tienen las pretensiones de su señora *El Observador*, al que agradecen sobremanera que les crea faltos de sentido comun y sobre todo de abrigar *malicia* que ni han tenido, tienen, ni tendrán, porque los pobrecillos no pasan de ser unos imbéciles.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redacción, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodríguez, calle de Carretas, núm. 4; almacén de música de Carrafa, calle del Príncipe, núm. 15, y en el almacén de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.